

## Las completas de Ferlosio / y 3

### Los recuerdos de Ramón Arcusa



El Dúo Dinámico es uno de los iconos de nuestro pop. Sus dos miembros han saltado de generación en generación, brillan por su capacidad para generar himnos, y los oyentes de hoy tienen presentes varias de sus canciones, puede que en algún caso sin saberlo. Ramón Arcusa, el mayor de ellos, narra en este libro las entrañas del asunto.

El ingenio del hombre hecho a sí mismo está detrás de una acrobacia que incluye el nacimiento en Barcelona cuando la guerra, la marcha al pueblo, el regreso a la capital y los pasos, cortos pero firmes, con vistas a lograr una cómoda posición de perito en una posguerra aciaga. Hasta que conoció a Manuel de la Calva, compañero en una fábrica, con quien se construyó una forma de vida a partir de su afición a la música. Se convirtieron en estrellas del cine y la televisión, responsables del primer fenómeno fan español y marcadores de tendencias, cuando no existían las redes sociales. Un día se vieron fuera de lugar. Se retiraron y empezaron a trabajar para Julio Iglesias.

Luego jugaron bien sus cartas: en 1978 volvieron por aclamación popular, como las leyendas, y así hasta ahora. Ahí siguen.

Otro de los temas en que Ferlosio ponía mayores énfasis y vehemencia era la política internacional, en la que se centra el tercer tomo, Babel contra Babel. Junto a otras celebridades de similar corte ideológico, no tuvo reparo a la hora de suscribir en los ochenta un manifiesto de apoyo a la OTAN, del que se desdijo poco después. Este fue el punto de inflexión a partir del cual empezó a publicar en la prensa española una serie de opiniones y análisis especialmente lúcidos sobre la incidencia de la geopolítica en la vida cotidiana, así como de su discurso enrevesado, una plaga de eufemismos y generalidades con los que sus usuarios buscaban hipnotizar a los espectadores de los informativos. Las intervenciones de los bandos contendientes en el conflicto de Yugoslavia, los sermones de retaguardia, la concesión de premios Nobel de la Paz o las escaladas de una tensión cuyos actores principales habían dado por finalizada en 1989 fueron algunas de las piedras de toque. Estos años volvieron más urgente el pulso de Ferlosio, que —unas veces a tiempo y otras a destiempo— siempre acababa

detectando a los beligerantes cuando solo eran intrusos del lenguaje. El proceso siempre era idéntico, y conducía al mismo sitio a un tipo de gente atrabiliaria, con querencia por los líos, deslumbrada por los focos y la sangre de las incursiones que los medios tapaban a conveniencia. Para el articulista, el perfil típico de país emprendedor de todas estas tropelías lo daban los Estados Unidos de América. La insistencia en las críticas a esta nación y a sus aliados culminaron en la publicación, en 2008, de un largo y paradójico ensayo de combate que se tituló Dios y armas.

Pero donde fluye de verdad la prosa enfurecida de Ferlosio es en el último volumen, de título impronunciable y dedicado a la televisión. Él mismo llegó a aparecer en algún programa, como el de su conocido Fernando Sánchez Dragó. Lo que más cabreo le causaba era ver cómo esta plataforma servía de altavoz para los sermones de unos antagonistas a quienes concebía como los personajes más desinformados: políticos, tertulianos, figurantes de segundo o tercer orden... Por momentos parecía que fuese el propio aparato el que

fabricaba aquellas presencias, y no la sociedad, a la que sí reprochaba, en cambio, la divinización que hizo del carácter competitivo o la disciplina, propios de actividades como el deporte. En pleno auge de su maximalismo, Ferlosio quería transmitir que esa gente no tenía otra meta en la vida que aparecer en las pantallas, haciendo realidad algo que constituía para él una pesadilla: la teoría de Andy Warhol que hace a todo el mundo merecedor de quince minutos de fama.

En el fondo, la obra de Ferlosio era un dictado —a veces fiel, a veces contradictorio— de su perspectiva para mirar el mundo. A veces enfurruñado, muchas veces más conservador de lo que quería reconocer (decía, probablemente con razón, que el último narrador que le había parecido interesante era Kafka), sus textos no carecían de un apego por una moral muy concreta: no importunar, o hacerlo lo justo; vivir con una ejemplaridad que, por humana, también se prestaba a ser endeble; no desear para los demás una falta de decoro que él mismo no tenía, pero sin ser responsable de ningún manual de instrucciones.

